

Olvidate de todo lo que hayas leído, esos hechos registrados, esas realidades reportadas, todas ellas producto de policías y periodistas más dedicados a su propio avance que a la verdad. Si te interesa mi historia tendrás que escucharla contada a mi manera. El Times, por ejemplo, describió a mi primera víctima como poco atractiva. Creo que el término que usaron fue «monótona». Por supuesto, el Mirror fue más generoso. Sin embargo, elijo hacerla más hermosa. En mi mente proteica, ella es hermosa, increíblemente hermosa, la primera mujer que asesiné en mi vida.

Esos fueron los días en que me creía un científico. ¿Dónde, me he preguntado a menudo, se puede encontrar una ironía mayor que la idea de que existe una línea divisoria entre la ciencia y la hechicería? Oh, los llamados informados en cualquiera de los campos despreciarán a los defensores del otro como ciegos o supersticiosos, y ninguno se enfrenta a la absoluta realidad de que pertenecen al reverso de la misma moneda.

Estaba muy interesado en ciertas cosas pertenecientes a la naturaleza del universo en esos días, y aunque sabía un poco de química y astronomía y demás, supongo que incluso entonces fui el crudo comienzo de un hechicero o algo peor. Con una frecuencia creciente, los libros en los que profundicé eran cada vez menos científicos. Supongo que, según los estándares de algunos, estaba bastante loco. Pero cuanto más aprendía, más se me revelaba mi locura corrupta y placentera como una realidad brillante. Marie Ostroff era rubia y joven, su cuerpo era todo lo que tu imaginación pudiera exigirle. No prestes atención a los informes de prensa. La vieron después. Yo la vi viva.

Ninguna mujer tan joven y hermosa debería haber salido sola tan tarde y pasar tan tentadoramente cerca de puertas oscuras. No impugnaré su virtud diciendo que podría haber tenido algún propósito en tales acciones; eso podría tender a justificar mi acto en ciertas mentes y no quiero eso. Lo que hice lo hice sin otra razón que la experimentación ociosa, para poner a prueba las cosas que había aprendido de mis libros, para descubrir si había algo de verdad detrás de la locura extraordinaria que había encontrado. Ejercicio intelectual, no más.

Sin embargo, a través de él, mi vida se convirtió en un ejercicio de pasión...

No la asesiné en la calle. La llevé a otra parte. Mi escondite estaba a cuatro cuadras de donde la encontré. ¿Era un laboratorio o un altar o una simple cripta? Siéntete satisfecho, dejo esos detalles a tu criterio. La llevé a ese lugar y realicé ciertos ritos a ciertas horas. ¿Es esto suficientemente misterioso para ti? El asesinato real tomó días.

Fue un experimento complejo, que involucró el asesinato de Marie Ostroff y una serie de ideas. Una de ellas era que había circunstancias en las que un dolor insoportable se mezclaba con un placer insoportable, un deleite sobrecogido. Pero me avergüenza confesar que cualquier placer que ella obtuvo de los ritos, poco se debió a mis esfuerzos. Yo era de lo más inepto en esos días. La desgracia de la Inglaterra victoriana.

En otras áreas, el experimento fue menos un fracaso. Cuando terminó, ya podía sentir el cambio en mí. No esos cambios que normalmente podrían surgir del simple acto de asesinar, sino los que surgieron de acciones más allá de las mías, de Aquel a quien se dedicó mi acto asesino.

Estaba tan contento que fui a ver a mi viejo amigo Leffler para contarle lo que había hecho y descubierto. Fue Leffler quien me mostró los libros de los que había aprendido el ritual.

Más que eso. Me había enseñado cosas que no estaban en los libros, cosas que nunca habían estado en los libros. Sabía mucho. Su problema era que su conocimiento era teórico; le faltaba el coraje para hacer las cosas que enseñaba. Mientras le contaba mis experiencias, asintió sombríamente y bebió sin parar.

Una vez me dijo que había convocado a algo, no quiso decirme qué, y que al verlo se había mojado los pantalones. Fue una confesión en un momento de rara lucidez entre estupores alcohólicos, los únicos momentos en los que hablaba de sí mismo. Dijo que no había comenzado a beber hasta después de haber conjurado esa cosa. La historia me impresionó porque Leffler tenía un estómago tan fuerte y tan poca conciencia como nadie que yo hubiera conocido. Fue una lección práctica y valiosa para mí. Siempre he sido extremadamente cuidadoso con cualquier cosa que haya convocado.

Así que el viejo Leffler había renunciado a sus incursiones, aunque seguía siendo una especie de demonio en su afición gourmet por la carne muerta, pero estaba lo suficientemente dispuesto a enseñar lo que temía hacer.

Así que aprendí de él sobre los Primigenios y cómo trascender el espacio. Me enseñó los cantos y los gritos de los adoradores del Gran Cthulhu y me describió la apariencia y los hábitos de los Mi-Go y los Profundos, me informó sobre las cosas que ocurren en la Meseta de Leng en ciertas estaciones, y la apariencia y naturaleza de R'lyeh donde sueña el Gran Cthulhu. De él también aprendí qué necesita Hastur, de qué deben alimentarse las llamas de Cthugha. Aprendí las formas en que se puede obligar a Shub-Niggurath. Yo era un excelente estudiante. Aprendí bien, muy bien.

Pobre Leffler. A pesar de todo lo que sabía, tenía demasiado miedo de usar sus conocimientos incluso para salvarse a sí mismo.

Y eso a pesar de su otro miedo.

Oh, sí, su otro miedo, porque tenía otro. No de morir, sino de lo que podría sucederle a su cadáver después de su muerte.

Había estado complaciendo sus inclinaciones macabras durante tanto tiempo que había comenzado a imaginar que tenía ciertos enemigos. Me habló de las pesadillas que tenía en las que podía verlos salir de sus tumbas. Tenía impresiones vívidas de la forma en que la tierra se adhería a la carne pastosa y podrida. Su miedo a lo que podría ser de él después de la muerte era tan ingobernable como su miedo a lo que podría suceder si cometía un error al usar sus poderes mágicos. Me describió su terror ante la posibilidad de que se le permitiera hincharse y, según su palabra, madurar; y luego convertirse en el festín de ciertos enemigos que tenía. Me pareció un miedo inútil.

Leffler me había enseñado lo que tenía con una condición. Le había prometido quedarme con él hasta su muerte, protegerlo de los ghouls, ocuparme de los preparativos de su entierro, asegurarme de que su tumba estuviera bien escondida para que sus enemigos no la descubrieran.

Estaba muy agradecido por mis garantías. Me pregunto qué habría hecho si alguna vez hubiera adivinado cuán completa e irónicamente tenía la intención de traicionarlo. No es que importe ahora. Los muertos son conocidos por su falta de atención.

De todos modos, fue culpa suya. Era una parte de ciertas ceremonias a las que me había conducido; ¿Y qué mejor comida que mi propio maestro en un ritual para aumentar mis poderes?

No es que fuera una traición total. Cumplí mi palabra. Ningún necrófago de carne pastosa que apestará a tierra y marcará su paso con restos malsanos se acercó a Leffler. Y sus huesos, al menos, encontraron esa tumba oculta y sin nombre que quería. Varias, de hecho. Y hasta arreglé su funeral. Pero Leffler carecía de un verdadero sentido de la ironía. No lo habría apreciado, si lo hubiera sabido.

Soy un ironista y supongo que tú también debes serlo para pedirme que te relate estas breves memorias; aunque supongo que el sensacionalismo podría ser tu motivo, en cuyo caso debiste haber amado la descripción de mi primer asesinato. A tus lectores también les encantará, sin duda, no es que importe mucho.

Después de un siglo, el asesinato no significa mucho para nadie, excepto para los buscadores de sensaciones, y ningún tribunal en este mundo juzgará a un hombre por brujería, así que estoy a salvo e incluso tengo otra ironía para disfrutar. ¿Y tus lectores? Dirán que todo esto es fantasía, una mentira.

Los amo, tus lectores.

Pero no hay mucho tiempo, ciertamente no para tales digresiones. Te estaba contando sobre la muerte de Leffler.

Después de eso me quedé solo y, para ser honesto, algo inseguro sobre mi futuro. Pero tenía ambiciones y muchas teorías que quería probar. También tuve tiempo, más que la mayoría de la gente. Así que decidí que lo primero que debía hacer era relajarme.

Para entonces, mis ideas de relajación estaban muy bien refinadas por largos años de perversiones, atrocidades, por no hablar de alineaciones y asignaciones con ciertas entidades no humanas. Omito algunos detalles aquí. Vienen cosas mejores. Un libro de memorias debe ser selectivo.

El asesinato de Marie Ostroff se llevó a cabo de acuerdo con un ritual que descubrí por primera vez en una referencia indirecta en El libro de Eibon. Encontré un esbozo más completo en el notorio quinto canto de Las puertas de la transformación de Mallius. Por eso ahora estaba en condiciones de poder satisfacer ciertos deseos. Pasé un año y medio vagando por Escandinavia, a veces en la forma de un lobo.

Hay un simple —perdón por la elección de palabras aquí— placer animal en el mismo acto de la transformación física de humana a lobo. También hay un placer en la caza. Rastreando a tu víctima, animales en su mayor parte, pero no siempre. Se puede obligar a los lobos reales a servir a un hombre lobo, aunque no se les puede obligar que les guste. Son una excelente presa.

Pero los humanos son mejores; mucho mejores para enfrentar la astucia instintiva del lobo en mezcla con la inteligencia humana, con los colmillos al descubierto, directo a la garganta... El olor a miedo se eleva en un crescendo olfativo; aprendes a cronometrar los saltos para que el hedor del miedo alcance su punto máximo justo cuando los dientes se hunden en el cuello. Era tan experto que podía hacer que mi víctima fuera incapaz de defenderse sin matarla demasiado rápido. Entonces podría desgarrar, comer, beber.

En invierno, especialmente, la sangre es una bebida para calentar el cuerpo.

Pero los tontos se dieron cuenta. Si una bala de plata se te acerca, no hay duda de qué es. Solo si te golpea no puedes no saberlo.

Preferí saber.

Y como mi licantropía fue por elección, no por maldición, me retiré y me fui al sur en forma humana, buscando otras formas de gastar mi energía. Y eso, creo, nos lleva a

Catherine.

Si realmente sabes acerca de mí, como seguramente sabes si me has rastreado, entonces debes haber investigado un poco. ¿Alguna vez supiste algo sobre Catherine? Entonces no es necesario renovar la historia con respecto a su belleza. Catherine era como una diosa.

Oh, y tan misteriosa. Realmente nunca supe nada sobre su pasado. Algunas cosas eran evidentes. Ella era casi tan talentosa en la nigromancia de los Grandes Antiguos como yo, lo que implica que era mucho mayor de lo que parecía. Su juventud inmaculada e incommensurable belleza eran cosas que podría haber recibido como obsequio, tal vez incluso de Cthulhu, aunque al menos tuvo la suerte de no poseer ninguna de esas lamentables características físicas que parecen tocar a todos los acólitos de Cthulhu. No. Había más gato que pez en Catherine.

Sospecho que es más probable que sus regalos vinieran de Ptar-Axtlan, el leopardo que acecha la noche. Pero incluso yo dudo en pensar a cambio de qué pediría esa criatura en particular por tales regalos.

La vi por primera vez en la ópera de París. Ella estaba al otro lado de la galería, parada en el palco privado de algún príncipe o gran duque. Nada la marcaba externamente como una adepta, pero supe al instante que lo era. Su rostro y su figura eran los de una niña de dieciocho años, pero había en ella un aura de seguridad que no podía pertenecer a ninguna mujer menor de cuarenta. Nuestras miradas se encontraron, posiblemente por accidente, un encuentro momentáneo, dos personas mirándose a la distancia, nada más que eso.

Recibí una nota de ella, muy discretamente, poco después, invitándome a sus aposentos. No muchos días después nos mudamos juntos.

Una mujer que había hecho las ofrendas y reverencias adecuadas a los Antiguos tiene una ventaja sobre todas las demás mujeres, ya que se espera que las mujeres envejezcan. Es la gran tragedia de la vida de toda mujer, magnificada por sus propios miedos o por los miedos de quienes la rodean. Por muy hermosa que sea una cortesana de cincuenta años, sigue siendo una vieja cortesana. Su fascinación ya no radica en sí misma.

Pero este no es el caso de una mujer como Catherine. Su juventud está asegurada durante muchos años y nadie puede mirarla y sospechar que es otra cosa que lo que parece. Los hombres encuentran tal belleza más hipnótica que los pájaros la mirada de una serpiente. El único inconveniente es que una mujer que no envejece llama la atención. Sin embargo, se convierte en un problema solo gradualmente.

Una mujer de unos treinta años que parece más joven adquiere un aire de misterio.

Pero después de mucho más tiempo comienzan los susurros y se hacen sugerencias que no son del todo saludables. Periódicamente era necesario que ella desapareciera y asumiera una nueva vida y un nombre, un nuevo lugar para vivir. El problema era que Catherine era extravagante.

¿Y yo? En ese momento estaba cansado de ella.

Había un hombre llamado Jerome en París que tenía una librería. Allí, entre las reimpresiones polvorientas y gastadas de Hugo y Dumas, las traducciones de los poetas ingleses e italianos, las ediciones baratas de Balzac y los volúmenes desvanecidos de novelistas y ensayistas olvidados, una persona debidamente identificada podría localizar libros más raros que los que se exhiben en los estantes. Jerome me había mostrado en varias ocasiones libros que se acercaban a mis propios intereses, aunque ninguno de ellos era lo suficientemente raro o completo como para justificar que pagara su precio. No me di cuenta de cuánto sabía Jerome sobre mí.

No puedo estar seguro de si fue estudiante o amigo de Leffler o simplemente un oportunista afortunado. Pero un día me llamó a su tienda. Llegué en mi automóvil nuevo y me ocupé de leer detenidamente a los novelistas de tres francos hasta que Jerome pudo deshacerse de un cliente que buscaba un libro para regalar a su sobrina con motivo de su decimosexto cumpleaños. Pareció tomarle una eternidad localizar algo edificante, pero por fin lo hizo y Jerome y yo nos quedamos solos en la tienda.

Anticipé algún tomo o manuscrito deteriorado de hechizos o encantamientos, y fue sin mucha convicción que me dije a mí mismo que podrían ser superiores a los que me había ofrecido en el pasado. Sin embargo, Jerome me sorprendió. No era libro lo que me mostró. Era un hueso. Era humano y estaba marcado con estrías y ciertas coloraciones y marcas dentales reveladoras que solo podrían haber sido el resultado de una causa. El hueso era de Leffler.

Hasta el día de hoy no sé cómo Jerome había localizado una de las tumbas ocultas que yo había dispuesto tan cuidadosamente, pero lo había hecho. Este hueso en particular fue tallado con unas pocas palabras en un idioma no común entre los humanos, y la frase necesariamente llevaba una alusión definida a Leffler.

Incluso para Jerome no había duda de quién era.

Jerome, Jerome, Jerome. Un hombre estúpido e imprudente. Su propósito era el chantaje, naturalmente. Pero tenía la evidencia para respaldarlo. No era nada que pudiera sostenerse en los tribunales convencionales, pero algunos lo entenderían, incluidos algunos de los amigos de Leffler, mucho más temibles que cualquier tribunal legal. Jerome también consiguió otra información sobre mí, y eso fue igual de peligroso y mucho más vergonzoso. Era obvio que su fuente era una chica llamada Nathalie. Ella no significaba nada para mí, pero Catherine era una mujer tan celosa, y

si veía la carta que Jerome decía tener...

Pero Jerome estaba de un humor expansivo. Sus términos fueron simples. Por dinero lo olvidaría todo. Estuve de acuerdo, por supuesto, pero insistí en que me tomaría tiempo reunir la cantidad. El idiota me creyó.

Su otro error fue asumir que estaba contento con la forma en que estaban las cosas.

Aparte de la situación con Catherine, era evidente que Europa estaba al borde de la guerra y yo estaba ansioso por tomar ciertas medidas que aseguraran tanto mi seguridad como mi fortuna cuando esta se desatara. Incluso podría haber abandonado a Catherine si no hubiera sido una hechicera tan poderosa, pero nadie incurre a la ligera en la enemistad de ningún seguidor de Ptar-Axtlan. Afortunadamente, Catherine era, a pesar de su sabiduría en asuntos arcanos, aburrida en la mayoría de los sentidos. Pensé lo suficiente en el asunto para resolver los detalles de mi propia seguridad y solté mi trampa.

Lamento no haber tenido tiempo para darle la misma muerte prolongada que una vez le había dado a Marie Ostroff, pero el poder de Catherine era demasiado grande para permitir ese tipo de riesgo; en tan sólo unas horas habría roto mis hechizos. Así que me limité a expresar mi aburrimiento de manera suficientemente adecuada y a fortalecer mis propios poderes.

El pobre Jerome fue tomado completamente por sorpresa. Como ya dije, era un estúpido. Su muerte también fue bastante rápida, pero ahora el tiempo era esencial. Dejé a Catherine y Jerome juntos en medio de la librería. Ubiqué los huesos de Leffler en una caja de hojalata en un rincón oscuro de su apartamento. Eran huesos de la pierna izquierda, incluida esa distintiva rótula izquierda suya.

Los apartamentos de Jerome estaban en la parte trasera de su tienda. En su cocina encontré un cuchillo de carnicero y un poco de aceite crudo. El instrumento era lo suficientemente tosco como para ser totalmente satisfactorio en la tarea para la que lo necesitaba. Cuando los trozos y restos y pedazos de los dos se entremezclaron y esparcieron por el suelo, rocié el lugar con aceite. Luego salí a la animada noche de primavera parisina y encendí un puro. Lo saboreé hasta que lo hube ahumado hasta un tercio de su longitud.

Observé el brillo trazar un arco mientras lo arrojaba de regreso a la tienda antes de cerrar la puerta y seguir mi camino. Jerome, me temo, había prestado muy poca atención a las regulaciones municipales contra incendios. Toda esa cuadra se quemó. Tres días después, cuando salí de París, los funcionarios aún no habían descubierto los cadáveres mutilados.

Me hubiera encantado quedarme en Europa durante la guerra que se avecinaba y, de

hecho, lo intenté. Navegué a Inglaterra como la mejor opción, pero el clima allí no era de mi agrado. Estados Unidos me atraía poco, pero la verdad es que no tenía otra opción. Navegué a Boston; y odié esa ciudad. Pero descubrí que el estado tenía otras ciudades donde había gente que sabía tanto sobre los Antiguos como yo. De hecho, pasé varios años en Nueva Inglaterra, aprendiendo mucho. En el puerto de Innsmouth encontré hombres con amplios y variados contactos tanto en el Atlántico como en el Pacífico. Usé una corriente de ensueño descrita en Unaussprechlichen Kulten de Von Juntz y nadé entre las torres y monolitos de Y'hanthlei, donde en aquellos días los Profundos se reunían por miles.

Tres meses después, el gobierno estadounidense había bombardeado el Arrecife del Diablo. Hubo arrestos en todo Innsmouth y la mayoría de los edificios cercanos al puerto fueron incendiados. Podrían haberme atrapado o asesinado como tantos otros, excepto que sospechaba que Innsmouth se estaba volviendo demasiado conspicuo y había organizado una determinada ruta de escape. Fue un duro golpe, la destrucción de Innsmouth. Ha debilitado las intenciones de los Profundos y sus humanos y otros aliados hasta el día de hoy.

Con otro nombre me dirigí a Baltimore, donde permanecí solo el tiempo suficiente para establecer una reputación útil. Luego fui Nueva Orleans. Allí me enteré de otros seguidores de los Antiguos que vivían en la bahía de Caillou o cerca de ella, pero había aprendido bien mi lección de Innsmouth y los evitaba. Unos años después me fui a Dallas y de ahí, después de un tiempo, a San Francisco. Mi cautela estaba pagando dividendos. Nadie sospechaba de mí, pero mi poder estaba creciendo.

También mi conocimiento y mis sospechas.

Les he dicho algo de los Antiguos. Es posible que sepa un poco más: de dónde vienen, su guerra con los Primigenios, etc. Pero supongamos... supongamos que hay algo más allá incluso de los Primigenios y los Antiguos. Supongamos que hay otro plano de existencia que proviene del nuestro, de nosotros, incluso de las acciones de los Primigenios y los Antiguos...

Cada vez más he llegado a pensar que esto debe ser así.

Que el uso del poder aquí en nuestro plano crea una energía o prana o fuerza necesaria o deseada en otra parte. Alimentamos ese lugar... Lo alimentamos practicando ciertas habilidades y artes. Las artes arcanas, por supuesto, pero probablemente también el asesinato. Esta teoría explica el aumento de la violencia y el interés por lo oculto en un período tan tecnológico como el que vivimos ahora.

Después de San Francisco viajé por todo Oriente. Operé uno de esos sofisticados círculos de esclavitud que surgieron a principios de este siglo y que todavía prosperan en la actualidad. Además de los usos convencionales para mujeres jóvenes y niños,



proporcionamos esclavos para otros fines a personas que había conocido a través de mis contactos especiales. Era más rentable que vender a esos mismos clientes copias de libros ocultos, prohibidos y raros. Muy profesional, lucrativo, aburrido.

Me mantuve alejado de Europa hasta la Segunda Guerra Mundial. Fue un capricho volver atrás, pero la guerra fue una experiencia hecha a medida para la persona en la que me convertí. Proporcionaba una cobertura ideal bajo la cual complacer mi gusto por los asesinatos espantosos y prolongados. ¿Quién podría prestar atención a Jack el Destripador a la sombra de esa guerra?

Pero se nos está acabando el tiempo, ¿no es así? Debo dejar la mayor parte de mis experiencias durante la guerra a su imaginación. Después de todo, es casi de día y tengo lugares adonde ir. Estos días sigo moviéndome.

Durante un tiempo después de la guerra encontré que Europa era un buen lugar para estar. Curiosamente, había desarrollado un gusto por la sangre humana, una inclinación por el vampirismo.

Le pido disculpas por no poder proporcionar aquí las tradiciones que hizo tan famosas la novela del señor Stoker, por supuesto, pero esto era solo un amor por las cosas que podía controlar por completo. Una indulgencia. No hubo retornos furtivos al ataúd antes del amanecer. No hubo ningún ataúd involucrado.

Mis poderes y conocimientos estaban creciendo en estos años, pero extrañamente me encontré pasando cada vez menos tiempo con lo arcano, con mis rituales y ofrendas a los Antiguos. Mi mayor interés ahora se convirtió en un simple asesinato. Quizá parezca poco atractivo, pero te aseguro que ningún hombre corriente podría evitar que le rompa el cuello si lo intentara. Probé esa suposición muchas veces.

Se hizo necesario de nuevo salir de Europa pero aún quedaba el resto del mundo. Sudamérica. Trabajé como alto funcionario de cierto gobierno durante un tiempo, ayudándolos a idear torturas municipales y ciertas diversiones privadas que de otra manera nunca hubieran descubierto. Mi gran cantidad de inventos en esas áreas es un motivo de orgullo para mí. Pero era demasiado hábil para mi propio bien. Mis asociados se volvieron contra mí y me obligaron a regresar a Asia. Siempre hay oportunidades en Oriente.

Pero pasan los años y aquí estoy de nuevo en Sudamérica, aunque me temo que fue un error volver tan pronto. Oh, no cometo muchos errores, pero este podría ser suficiente. Dejar que mi foto saliera en un periódico como ese, lo que nunca antes había sucedido, ni siquiera en aquellos días en que Catherine y yo éramos la pareja más célebre de París...

Supongo que esa fotografía te llevó a mí, tal como supones que estaría dispuesto a

contarte mi historia, que necesito el dinero que me ofreces. La ironía es que no estoy arruinado; tengo enormes sumas. Pero ese fiasco, como comprenderás, frente a Madagascar, de todos los lugares inverosímiles, me hace imposible tocar la mayor parte de mis fondos en este momento. Es casi inimaginable que la trata de esclavos cambie tan drásticamente en tan solo unos pocos años. Y ahora esa fotografía. Pueden pasar décadas antes de que pueda alcanzar ese dinero.

Así es para tu buena suerte. Has adivinado la verdad, aunque no sé cómo, y me has pedido mi historia y te la he contado. Nadie va a creer esa tontería. Dudo que puedas conseguir que se publique, aunque ese es tu problema, no el mío. Es una manera bastante fácil para mí de hacer un cambio de bolsillo hasta que pueda establecerme de nuevo.

Mira el cielo.

Por encima de la bahía. Pronto saldrá el sol. Entonces tendré que irme, tengo que encontrarme con cierta gente si quiero salir de este país. Pero tengo una cosa más que quizás quieras escuchar antes de irme. Un punto de ironía, para ti.

Los sueños.

No lo entiendes.

Sueños.

Como los del viejo Leffler, como esos estúpidos sueños alcohólicos suyos. Veo necrófagos pálidos que se arrastran desde sus tumbas frescas, con montones de tierra húmeda que todavía se adhiere a la carne desnuda y podrida. Hay cuatro de ellos... y partes de ellos están quemadas... carbonizadas.

¿Te conté cómo pasé esos tres días después del incendio antes de salir de París? Visité a Nathalie. Incluso lo hice en broma. Antes de irme, mientras la policía aún investigaba el incendio, escondí sus huesos en las ruinas de la tienda de Jerome. Ahora me pregunto si pudo haber sido un error, me refiero a ese crematorio común. Nathalie no era una hechicera y Jerome, en el mejor de los casos, era uno mediocre.

Pero Catherine era una reina de hechiceras. Y Leffler, a pesar de toda su cobardía, no tenía igual en aquellos días, ni siquiera yo. Ahora ya no tendría miedo. La muerte habría terminado con su miedo.

Y ahora estos sueños... sus caras. Retorcidas, distorsionadas, pero reconociblemente tuyas...

Pero, ¿ves? Todo está en mi mente. Parezco joven, pero contraigo la enfermedad de un

anciano.

Dejo que mi imaginación se desboque.

Y todavía...

Sin embargo, crece la luz y ahora veo tu rostro.

Por primera vez haces mi imaginación se agite. En la línea de tu frente... Nathalie. Y tus ojos son tan avellana como los de Catherine. Esa barbilla tuya podría pasar por la de Jerome y esa boca... perdóname, porque Jerome no era un hombre cuya boca sugiriera algún atributo deseable, pero tú posees ese tipo de boca. Y tus manos...

Tan delgado, bien formado, pero de aspecto tan fuerte. Como el de Catherine...

Por favor, no quiero que mis palabras suenen insultantes. Es mi mente, es solo la forma en que funciona mi mente lo que te estoy mostrando, las peculiaridades combinadas de la vejez y la luz de la mañana. Sé que no tengo veintitantos años, soy viejo y mi mente es muy vieja. Y demasiado cansada para ser completamente confiable. Algunas veces...

Tu andar... ¿Has cojeado mucho?

Eso... qué tonto de mi parte. Es tu pierna izquierda.

Qué estúpido de mi parte. Cometo un error y ni siquiera le doy crédito. La cara, las manos, puedo decirme a mí mismo que esas cosas son simplemente mi imaginación hiperactiva. Incluso los ojos. Pero esa pierna, esa pierna izquierda. La deformidad de la rodilla es evidente incluso a través de la tela de tus pantalones...

Entonces ahora sé si los sueños son verdaderos o no, ¿no es así? Mira...

Un poco de tierra ha caído de tu ropa...